

LA ALTERNATIVA, de Ana Fernández Valbuena

*Unas rendijas de luz se cuelan por la persiana. El resto penumbra y recogimiento. Tras un biombo, que funciona como vestidor, dos personas hablan en susurros; solemnes, respetuosas. Sólo vemos sus sombras. Uno en pie, de espaldas; el otro de perfil, inclinado hacia él.*

EL MAESTRO. No tienes de qué extrañarte: vivimos en un mundo penetrado por fuerzas sagradas.

EL AYUDA. Maestro, yo... (*Gira la cabeza hacia él.*) no sé si valdré.

EL MAESTRO. Valdrás. (*Pausa.*) Sólo hay que ser asceta, amar el ritual y respetar el orden. Lo demás llega con la práctica.

EL AYUDA. ¿Le ayudo con los botones?

EL MAESTRO. No. Todavía no. Sin apresurarse.

EL AYUDA. (*Incorporándose.*) Perdón.

EL MAESTRO. El orden para vestirse es primordial. (*Pausa.*) Prepararse por fuera es prepararse por dentro.

EL AYUDA. ¿Es que la ropa estaba mal colocada? (*Señala hacia la sombra de una silla.*)

EL MAESTRO. Todo está bien; y así debe ser.

*Vemos la sombra de una camisa rodar sobre sus hombros.*

EL MAESTRO. La preparación es sobre todo mental. ¿Me entiendes?

EL AYUD. Sí, maestro.

EL MAESTRO. Vamos a un encuentro majestuoso, casi mágico.

EL AYUDA. Pero es que yo no lo había visto nunca por ese lado tan sagrado como lo ve usted.

EL MAESTRO. Tú eres todavía un aspirante, y hay muchas cosas que no sabes.

EL AYUDA. Claro. (*Pausa.*) ¿Le molesta que pregunte?

EL MAESTRO. ¿Por qué va a molestarme? Te han mandado aquí para aprender, ¿no?

EL AYUDA. Si. Y le estoy muy agradecido.

EL MAESTRO. Pues lo primero que tienes que comprender es esto que te digo: la integración a nuestra filosofía pasa por el ascetismo y la concentración.

EL AYUDA. ¿Por eso se reza antes?

EL MAESTRO. Se reza para conectar lo humano con las fuerzas sagradas que impregnan el universo. Lo que la gente corriente llama «<encomendarse a Dios». (*Acaba de ceñirse la camisa.*) Átame aquí.

*El AYUDA se inclina de nuevo hacia el MAESTRO.*

EL AYUDA. ¿Está bien ajustado?

EL MAESTRO. Un poco más flojo. (*Pausa.*) Así está bien. ¿Podrías traer me un vasito de agua?

EL AYUDA. Enseguida.

*EL AYUDA sale de detrás del biombo. Es un joven que apenas ha dejado la adolescencia. Esbelto y de rostro algo salvaje, coronado por una cabellera rizada como la de un dios pan. Sale de escena y sólo lo oímos.*

EL AYUDA. ¿La dejo correr?

EL MAESTRO. No. No desperdicies. Justeza y sobriedad son la clave.

EL AYUDA. (*Regresando a los biombos con un vaso colmo.*) Y valentía, ¿no? (*Le da el vaso.*)

EL MAESTRO. Gracias. (*Bebe.*)

EL AYUDA. Maestro, ¿y qué hace si en el medio de la ceremonia le entran ganas de mear?

EL MAESTRO. (*Se ríe.*) Pero... ¡serás gurriato!

EL AYUDA. ¿He preguntado algo inconveniente?

EL MAESTRO. (*Sigue riendo.*) Por lo menos me haces reír.

EL AYUDA. Dígame, entonces ¿qué hace?

EL MAESTRO. ¿Qué quieres que haga? Pues me aguanto. Hay que ir antes y después.

EL AYUDA. Eso me imaginaba yo.

EL MAESTRO. Vaya un Ayuda que vas a ser.

EL AYUDA. ¿Lo estoy haciendo mal?

EL MAESTRO. No.

EL AYUDA. No le vaya a decir nada de esto a mi padre.

EL MAESTRO. Tienes pureza de corazón, pero hay que saber cómo hablar al maestro.

EL AYUDA. ¿Le he faltado al respeto?

EL MAESTRO. Que no. (*Pausa.*) Está bien poder reírse un rato, antes de que se imponga el silencio.

EL AYUDA. (*Pausa.*) El silencio ayuda, ¿verdad?

EL MAESTRO. El fajín.

*EL AYUDA lo rodea, apretándolo a su cintura.*

EL AYUDA. Es lo que a mí más impresiona...

EL MAESTRO. El silencio es el sostén en el momento crítico.

EL AYUDA. Cuando todas las voces se quedan suspendidas es como... como si Dios nos hubiera arrancado el habla para favorecer el lance.

EL MAESTRO. Algo tiene de divino, sí: esto es un estado del alma.

EL AYUDA. ¿Cómo puede haber gente a la que no le gusta esto?

EL MAESTRO. Por ignorancia. *(Pausa.)* Cálzame.

*EL AYUDA se inclina a sus pies.*

EL MAESTRO. No saben de dónde vienen.

EL AYUDA. *(Lo mira desde abajo.)* ¿Ya está?

EL MAESTRO. Ahora déjame un momento solo ante el altar.

*EL AYUDA sale de nuevo del biombo y pasea algo nervioso por la habitación, con las manos agarradas por detrás. La sombra del MAESTRO se inclina de espaldas, cruza las manos y vemos su cabeza encorvada hacia ellas. Se oye un claxon de llamada.*

EL AYUDA. Creo que ya está ahí el coche. Es la hora. *(Vuelve tras el biombo.)* Le queda muy elegante el color tabaco.

EL MAESTRO. *(Incorporándose.)* ¿Qué número de la calle hace esto?

EL AYUDA. El veintiocho.

EL MAESTRO. Es el número del nacimiento: un buen Veintiocho... *(Sale por fin de detrás del biombo, con su traje de luces tabaco y oro.)* Es el número del nacimiento: un buen día para ti.

EL AYUDA. *(Saliendo también con el capote.)* Y eso, ¿por qué?

EL MAESTRO. Desde mañana ya no serás Ayuda.

EL AYUDA. ¡Maestro!

EL MAESTRO. Mañana nacerás a una nueva tarea: serás Mozo de Espadas.

EL AYUDA. ¿Mozo ya? ¡Ay, cuando se lo diga a mi padre! ¡Ay, Dios mío! ¡Que voy a darle en la plaza los trastos de matar!

EL MAESTRO. Pero cuidado: que el Mozo de Espadas es la sombra del Matador.

EL AYUDA. Y eso, ¿qué quiere decir?

*Suena de nuevo el claxon y llaman a la puerta.*

EL MAESTRO. *(Se ajusta la chaquetilla y besa el crucifijo.)* Ea, vámonos.